

LA PEÑOLA,

SEMENARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON FARRILLO DE ALBORNÓZ.

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Trimestre. 9.

FUERA DE LA CAPITAL.

Trimestre. 11.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 40, bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
Toda la correspondencia dirigirla á nombre del Administrador DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Accediendo á las numerosas indicaciones de muchos suscritores y con objeto de poder dar mayor impulso, variedad é interés á nuestra publicacion, desde el número 13, (1.º del 2.º trimestre), vamos á adoptar las siguientes importantísimas mejoras que creemos serán del agrado del público, puesto que gracias á ellas los suscritores podrán tener un periódico que figure dignamente entre los mejores de su clase.

Seguirá publicándose como hasta aquí todos los sábados, y su impresion á más de ser con magníficos y variados tipos de letra, se hará en un papel mucho mas superior, y constará de 12 páginas de abundante lectura, que se distribuirán en la forma siguiente:

- 1.º Artículos de literatura, ciencias, artes, descubrimientos célebres, viajes, etc., etc.
- 2.º Artículos de imaginacion, biografías, anécdotas y acontecimientos históricos.
- 3.º Revista semanal de Madrid, en la que uno de nuestros buenos escritores nos dará cuenta de los acontecimientos mas notables de la semana.
- 4.º Cuentos cortos de fantasía, de tradicion ó históricos.
- 5.º Otra novela, además de la del folletin, que se publicará por continuaciones, empezando con una preciosa del eminente literato y conocido publicista D. José de Castro y Serrano, y que se titula «La Mascarada.»
- 6.º Sección de Variedades, revistas de Valladolid, curiosidades, chascarrillos, estadísticas notables, chistes, etc., etc.

Y 7.º La sección recreativa, en la que se insertarán charadas, logogrifos, acertijos, fugas de vocales y consonantes y saltos de caballo.

Este será, pues, en adelante el sumario de nuestro periódico; mas al hacer tales mejoras y al aceptar un presupuesto de gastos tan notablemente aumentado para nuestra empresa, tambien es necesario que el público nos ayude con su cooperacion, habiendo al efecto aumentado al precio de suscripcion la insignificante cantidad de UN REAL al mes como se puede ver en la cabeza de este periódico.

Asimismo debemos advertir, que de hoy en adelante no se admitirán más suscripciones que las trimestrales, creyendo al adoptar esta medida, molestar mucho menos á nuestros favorecedores, organi-

zando al propio tiempo nuestra Administracion para el mejor servicio del periódico.

Concluimos, pues, suplicando á nuestros abonados sigan honrándonos con su confianza; dándoles al propio tiempo las mas profundas y sinceras gracias, por la galante acogida que le hemos merecido.

Valladolid 30 de Mayo de 1874.

LA REDACCION.

LA POESIA.

(Conclusion.)

Largo y desconsolador es el cuadro que presenta la historia de la civilizacion europea, durante la invasion de los bárbaros; pero cuanto más tiempo el talento y el saber estuvieron maniatados y oscurecidos, con más vigor y con más esplendor renació de sus cenizas aquella llama en un principio casi perceptible, pero que despues de una larga serie de años habia de llegar á ser una inmensa y deslumbradora antorcha que iluminára por completo el peregrino mundo de las ideas.

El Renacimiento se lleva á cabo en toda la Europa durante los siglos XIII al XVI y por donde quiera que dirijamos nuestra vista en esa época, vemos llevarse á cabo grandes empresas, aventurados viajes, célebres descubrimientos é inmortales obras que nos han legado sus autores, y que hemos admirado con ferviente entusiasmo al verlos caminar con paso resuelto por las vías de la inmortalidad y de la gloria.

Italia es la primera que puede envanecerse en haber llevado á cabo una revolucion verdadera en las artes y en la poesia; y tanto es el empuje que supo dar á las bellas letras, que ya en el siglo XIV figuraba como la primera entre las primeras, proclamando con orgullo los nombres de Petrarca y del Dante. ¿Qué nacion podia poner entonces enfrente de aquella, otros géneos que pudiesen rivalizar dignamente con ellos?

A Italia siguió Francia, á ésta Inglaterra, á Inglaterra Alemania, y por todas partes se estendió la civilizacion hasta llegar al esplendor que la vemos en los siglos XV y XVI.

¡Sublime espectáculo, conmovedor acontecimiento, el de ver asomar aquellos astros llamados siglos de oro que ilumináran el horizonte de los pueblós despues de una lóbrega noche de oscuridad y enbrutecimiento!

Nuestra patria nace en el siglo XII; porque la vida de la inteligencia es la verdadera vida de los pueblos. Por ese tiempo vé trasformarse el decrépito é inestimable latin, por el romance castellano, y como Viardot ha dicho muy bien, nuestra rica lengua nace ya *balbuceando versos* y dulces endechas amorosas.

Ved sinó el poema del Cid, que con embrionario y rudo lenguaje acusa una gran dosis de verdadera poesia épica. Casi empezaba entonces nuestro idioma y cautivaba deleitando esa divina leyenda como la llamaron en su tiempo.

¡Mas ah! que luego habia de oscurecerse tan brillante estrella por las contiendas intestinas y las luchas de raza y religion que ensangrentaron nuestra patria durante algun tiempo, sin que fuesen suficientes los poderosos esfuerzos de San Fernando y de D. Alfonso el Sabio, los cuales protegieron los nobles esfuerzos de Gonzalo Berceo y tantos otros como cultivaron la poesia, contribuyendo por si mismos al enaltecimiento de las musas castellanás.

Pero afortunadamente, este decaimiento duró muy poco, y desde los reinados de Enrique III y de Juan II se comenzó á elevar á tal altura el divino arte, que bien pronto habia de llegar al siglo de oro bajo la proteccion de los principes y de los Reyes.

El siglo XV fué la aurora de nuestro esplendor literario, y ya Juan de Mena, Santillana, Mañrique, Villena y algun otro, prepararon el engrandecimiento de nuestra habla castellana é hicieron más flexible y dulce la versificacion que habia de dar tan sazonados frutos.

Garcilaso, llamado el Petrarca español, es la primer figura verdaderamente notable de nuestro catálogo poético, y á este siguieron por sus mismos pasos y con notabilísimo aprovechamiento Ercilla, Céspedes, Herrera, Francisco de la Torre, Fray Luis de Leon, Rioja, los dos Argensos, Villegas, Quevedo, Juan de la Cueva, Barahona, Espinel y otros muchos ingenios que sobresaliendo en la poesia lirica, viven en el recuerdo de los amantes de las bellas letras.

Entre toda esa brillante pléyade de poetas insignes que ilustraron en los siglos XVI y XVII, la edad de oro de nuestra literatura, figuró en primer término, con asombro de propios y estraños, el ya llamado en vida mónstruo de la naturaleza y *Fénix de los ingenios*; Lope de Vega, que fué á la vez lirico y dramático, es acaso entre todos los escritores el que ha recibido mayores testimonios de afecto y consideracion de sus contemporáneos. Felipe II salia á los balcones del real alcázar y lo mostraba con orgullo á los representantes de las naciones extranjeras. El pueblo de Madrid le aclamaba saludándole con respeto y las capitales todas de la Europa culta se apresuraban á poner en escena sus obras dramáticas. Una gran parte de sus dos mil doscientas producciones fué traducida á todas las lenguas. Aquella brillante y fecunda imaginacion debia vivir contenta de el mismo.

Con menos fortuna, aunque con mayores merecimientos que todos, vivia tambien por entonces el gran Cervantes, tachado injustamente por muchos de mal poeta. No era Cervantes un gran versificador, pero era poeta y poeta digno de respeto. Un sábio historiador francés ha observado, con razon, (copiamos sus palabras) que mientras los ejércitos de Felipe II llevaban á los últimos ámbitos del mundo la gloria del nombre español, Cervantes, mutilado en la gloriosa jornada de Lepanto, daba á luz su *Numancia*, que puede figurar dignamente al lado de los *Persas* de Esquilo, porque se encuentra en ella igual giro, igual vigor, igual patriotismo que en el soldado de Salamina.

Calderon vino tambien á aumentar con envidiable gloria el soberbio catálogo de los grandes poetas españoles. Y unos y otros, y todos juntos, despertaron la emulacion, ó mejor dicho, la envidia de los mundos literarios europeos. Nuestra lengua, nuestros libros, nuestro teatro, costumbres y modas, invadieron el Portugal, la Inglaterra y la Francia.

Corneille, Scarron, Moliere, Quinault, Danconrt, Lesage y otros muchos escritores estrangeros se convierten en imitadores de los poetas de Castilla... Tal es la prodigiosa influencia que ejerce el génio en todas partes y la importancia inmensa de la poesia cuando se trata del engrandecimiento moral y material de las naciones.

Desgraciadamente la intolerancia religiosa por un lado en lucha abierta con la filosofia incrédula y atea que empezaba á iniciarse en secreto preparando trastornos y perturbaciones; y por otra parte la depravacion del lenguaje que mató el sentimiento estético en el fondo y en la forma, fueron preparando la decadencia de nuestra bella literatura; inficionando el gusto y borrando los sentimientos más seductores y poéticos. El orgullo y el ánsia de singularizarse, dieron origen tal vez, á un estilo intolerable por su escisiva hinchazon.

Góngora, que habia comenzado con los más brillantes auspicios escribiendo poesias delicadas é ingeniosas, se vió tambien tentado del demonio, del orgullo, buscando acaso el *provecho* material en la singularidad de las más estravagantes locuciones y de los conceptos más triviales é ininteligibles. Aquel género culto que inficionó á otros poetas de su época, fué el grito desapacible y bárbaro que ahuyentó á las musas avergonzadas. Iba aproximándose la primera época de transicion en el palenque de las ideas, y las tendencias de la política, de los números y del más grosero positivismo, debian enseñorearse mas tarde en todas las inteligencias.

Mientras que esto sucedia, el poder de España se debilitaba en manos del último rey de la casa de Austria y luego las guerras de sucesion acabaron de trastornar nuestro suelo.

La poesia lirica y dramática, trémulas y desfallecientes en poder de Góngora y sus imitadores, arrojaron su último aliento. Entró la época del prosaismo y de la triste abyeccion en todas las artes y en todas las ciencias; y como dice muy bien el gran Quintana, refiriéndose á los primeros años del siglo anterior, la pintura habia muerto con Murillo, la elocuencia con Solís, la poesia con Calderon.

Pero el espíritu sagrado de la poesia no podia extinguirse del todo, y en medio de aquel fárrago de libros teológicos y de obras filosóficas de mal gusto que se disputaron los estadios de la publicidad, brotaron los escritos de algunos buenos ingenios que pugnaban por restablecer el civilizador y agradable imperio de las musas. Los dos Moratines, Cadalso, Iriarte, Samaniego, Melendez, Jovellanos, Cienfuegos, Iglesias y el mismo Quintana antes citado, comenzaron con diligencia y perseverancia la nueva restauracion de nuestra poesia, obteniendo al cabo un éxito admirable y lisonjero. Y sin embargo de que la lucha entre las ideas antiguas y modernas ha continuado durante lo que llevamos de siglo, y sin embargo de que el positivismo y el cálculo todo lo avasallan y lo matan, aquellos hombres han dado vida y marcado sendas seguras y floridas á los muchos ilustres poetas con que hoy cuenta nuestra madre patria.

No haremos mencion de ellos, porque solo la posteridad es la que debe juzgar á los grandes hombres.

Condensaremos, pues, nuestros ya demasiado estensos artículos manifestando que la poesia, como imitadora de todo lo bello y grande, de todo lo elevado y sublime, ha sido siempre y será uno de los resortes más fáciles y seguros para conmover el corazon humano, y para difundir la ilustracion y dar pureza y suavidad á las costumbres privadas y públicas. Claro raudal de pensamientos dulces, de amorosas ideas y de ilusiones castas y bienhechoras, lleva consigo el germen de todo lo bueno y adorable que puede caber en la tierra. Nadie como el poeta sabe elevar la plegaria y el himno al Dios misericordioso, ensalzando las maravillas y el esplendor de los cielos; nadie como él puede enaltecer con vehemencia las grandes y magnánimas acciones de los

héroes, el carino sublime de las madres, los tiernos cuidados de la esposa y el candor del niño inocente. La voz del poeta lleva a l alma el convencimiento con la dulzura del ritmo y el fugo de la expresion. El lenguaje de la poesia es pues, el lenguaje de los ángeles, y al clasificarla ó definirla, nadie puede decir que es un arte, sinó mas bien una ciencia profunda y misteriosa. Por esta razon se le ha dado el nombre de *gaya ciencia* y por lo mismo, sin duda, el inmortal Cervantes la definió en sus escritos espresándose en los términos siguientes:

«La poesía es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, *que son todas las otras ciencias*, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella.»

L. CARRILLO DE ALBORNÓZ.

MISERIA Y AMBICION.

CUENTO.

(Conclusion).

Una amarga sonrisa se delineó en los labios de Julio al saltar del bote á la orilla donde dieron principio sus tristes aventuras. Saludaba con ella al cielo de su patria, á ese cielo hermoso y trasparente que le dió su perfumado aliento en su venturosa niñez, y su emponzoñada respiracion en su miserable juventud. Los recuerdos venian á atormentarle en aquel instante.

Despues de una larga meditacion, dirigió sus pasos á la ciudad cuyas calles cruzó varias veces sin rumbo fijo, como aquel que no sabe donde dirigirse. De pronto en una callejuela estrecha y frente á una casa deteriorada y de pobre aspecto, se paró Julio acercándose á la puerta, en la que golpeó varias veces.

—¿Quién vá? gritó desde dentro una voz bronca y agudentosa.

—Un compañero; respondió Julio.

La puerta se abrió y un hombre de mal aspecto apareció en el dintel.

—¿Quién eres? preguntó.

—Uno que desea entrar en vuestro gremio.

—Eres demasiado viejo; respondió, y cerró la puerta bruscamente.

Julio, á quien un marinero dió noticias de aquella mansion del erimen, quedó en la calle, sin otros conocimientos y sin ningun recurso; hasta por el criminal era despreciado.

Jóven aún las desgracias le habian convertido en viejo, su semblante ya no era de formas redondeadas cual antes, sino surcado por multitud de profundas arrugas. Buscó por todas partes trabajo; y en ninguna fué admitido por conceptuarle viejo y falto de fuerzas para resistirlo. No tenia objeto alguno de valor que pudiese cubrir sus perentorias necesidades; de su antigua opulencia no conservaba sino un puñal con empuñadura de oro, prenda, que consideraba indispensable para su venganza, y que no queria vender, porque en su miserable situacion la creerian robada.

En tan miserable estado no tuvo otro recurso que mendigar el sustento, dedicándose por completo á ver cómo se le proporcionaba su mayor deseo que era vengarse.

De este modo pasó algun tiempo, durante el que no adquirió noticia alguna de su hija, ni del que creia su raptor, hasta que un dia cuando el sol ocultaba sus luminosos rayos para dar paso á la noche, al penetrar en una hermosa casa cercada de una verja de hierro y rodeada de un delicioso jardin, sitio donde no habia entrado nunca, tropezó con el

tio Juan, el pescador de California, el marinero de Luis, el cual le dió cuenta de todo lo sucedido, añadiendo despues de su relato:

—Yo tengo prisa, esta es su casa, ahí está su hija; ¡ah! ¡cuánto se vá á alegrar al verle, pues creia ella que venia aquí para abrazar á usted! ¿pero donde ha estado, y cómo ha venido?

Julio se lo refirió, despues de lo que el tio Juan desapareció. Llenó de indignacion, porque su ofuscada mente no veía sino un raptó en lo que le habia contado el pescador, se dirigió al interior de la casa acariciando con mano trémula el dorado pomo de su puñal.

En el dintel de la puerta un gallardo jóven detuvo sus pasos; al verle, sospechó fuera el raptor de su hija, por lo que le preguntó:

—¿Os llamis Luis?

—Si señor.

—¿Sois capitán de un buque que hace su travesia á la California? volvió á preguntar ciego de ira.

—Tales preguntas me extrañan,—respondió Luis;—¿por qué lo quereis saber?

—Responded

—Si, yo soy; ¿qué deseabais?

—Miserable! yo solo deseo tu sangre y mi venganza.

Y se lanzó sobre él asestándole tan terrible puñalada que le privó instantáneamente de la vida.

En aquel instante se abrió la puerta de una habitacion inmediata, la que ocupaba Flora, dando paso al anciano padre de Luis y á Sofia que se apoyaba en su brazo, y cuyos hermosos ojos parecian el manantial cristalino del dolor por las muchas lágrimas que vertian.

¿Por qué lloraba cuando el placer la sonreia? Ahora lo lo sabrán nuestros lectores.

Mientras Julio mendigando buscaba una ocasion para su venganza, en la casa del infortunado Luis, se estaba verificando la siguiente y dolorosa escena.

Flora, que como hemos dicho, bastante mal habia sido llevada á una habitacion de la casa de Luis, se encontraba casi en la agonía; Sofia lloraba en silencio á su lado y el noble anciano la estaba acompañando. De pronto un doloroso gemido exhaló la enferma, y cogiendo con mucha dificultad la mano de Sofia, la dijo con voz casi apagada:

—Voy á morir... pero antes, ya que sois tan buena, quisiera confiaros el secreto de mi vida, como una deuda de gratitud, y por si alguna vez encontráis á mi hija la digais quién es su madre. He sido muy desgraciada; soy hija del marqués de la Espiga de Oro; viviamos en América é hicimos un viage de recreo para España; ¡por qué concebiria tal pensamiento! En la travesia fuimos asaltados por un buque pirata; ¡ay! desde entonces principian mis desventuras; lo que allí sucederia no lo puedo saber porque perdí el conocimiento; lo cierto es que cuando volví de mi desmayo me encontré en distinta embarcacion y rodeada de hombres para mí desconocidos; á ninguno de mis compañeros de viage veia; mi padre tampoco estaba allí, no he vuelto á saber de él; fascinado sin duda por el deseo, el capitán de aquel buque se enamoró de mí y me hizo por fuerza su esposa; yo no le amaba, y en cambio empecé á sentir un fuego devorador, un amor frenético por Pedro, su contramaestre; de mi union nació una niña, bella como el sol; ¡ay! su recuerdo me mata; tendrá vuestra edad, se llama como vos, y será tan hermosa... ¿me moriré sin abrazarla?...

Sofia no podia contener las lágrimas, y Flora, despues de haber hecho una fuerte aspiracion como para tomar aliento, continuó:

—Se la puso el nombre de Sofia, y la separaron de mí pocos dias despues de haber nacido, para que la criasen en el puerto H... de la California, donde la llevó Julio, mi es-

poso, el capitán del buque pirata: ¡triste de mí! desde entonces no la he visto más que una vez.

Sofía pasó su blanca y bella mano por sus divinos ojos creyendo sería aquello un sueño, y murmuró:

—Julio... Sofía... puerto H... de la California... ¿estoy soñando?

Flora que la escuchaba con avidez, exclamó:

—No, no; no soñais, seguid.

—Y bien señora; extraño lo que habeis dicho: yo no he conocido más madre que una pescadora que mi padre me dijo era mi tía; en mis oraciones la he rezado por muerta, rogando mil veces con mis lágrimas este medallón de oro que mi padre me había dicho es su retrato.

Sofía la enseñó aquel medallón que pendía de su cuello de una cadena del mismo rico metal; mientras Flora la examinaba, continuó:

—Así como á vuestra hija me han criado en el puerto H... de la California; mi padre se llama Julio, creo ha sido marinerero...

—¡Hija de mi corazón! gritó Flora, elevando el cuerpo cuanto pudo para abrazar á Sofía, cayendo después inerte sobre el mullido lecho.

—¡Madre! madre mía! exclamó ésta, abrazando á Flora y estampando un ósculo de amor en sus helados labios. Pero ¡ah! su madre no la devolvía sus tiernas caricias; Flora había muerto; la alegría había precipitado los pocos instantes que la quedaban de vida.

Anegada en llanto, continuaba estrechando entre sus brazos aquel tesoro perdido de su amor, cuando el anciano viendo la amargura de Sofía, la separó de ellos, sacándola de aquella habitación en el instante que como sabemos ya, Julio daba muerte á su hijo político, á Luis.

Al salir aquel terrible espectáculo se presentó á su vista, y Sofía lanzó un ¡ay! desgarrador, balbuceando con voz entrecortada.

—Mi esposo... muerto... mi padre... su asesino... ¡oh Dios mío!—y cayó desmayada en brazos del noble anciano, á quien el mismo dolor le prestaba fuerza para resistir tan rudo golpe.

Julio, á su vez, creyendo una fantástica aparición la presencia del anciano, á quien conoció á pesar de haber trascurrido tantos años, y á quien creía muerto, dejó caer el puñal de la mano, y aterrorizado, demudado el semblante, exclamó:

—Es él... mi capitán... yo soy, sí... yo soy... vuestro matador... yo os arrojé al mar... perdon... perdon...! Huye... huye... fantasma... no me atormentes más... déjame morir!

Y huyó precipitadamente, lanzando una sarcástica y estrepitosa carcajada. El infeliz se había vuelto loco.

Pocos días después en el pueblo de X... unos pastores encontraron un cadáver bajo la frondosa copa de un corpulento árbol desde el que se veía la inmensidad del Océano. Era el de Julio que cual nuevo judío errante, había ido corriendo por los campos huyendo del fantasma, que él creía le perseguía por todas partes, muriendo estenuado de hambre y de miseria.

Desdichado! Así concluye todo aquel que en vez de seguir la senda del deber y el honor se precipita en la del crimen, oyendo la voz de su ambición, y desoyendo la de su conciencia.

EPÍLOGO.

Quien pasase algunos años después por el pintoresco pueblo de X... y á la hora en que las rosadas tintas del sol se pierden tras las lejanas cumbres de los montes, hubiese encontrado también á una hermosísima jóven vestida de luto, y á un venerable anciano que se apoyaba en su brazo.

El dolor se pintaba en sus semblantes, y marchaban en

silencio mirando hácia el cementerio del lugar, á donde llegaban todas las tardes, para rendir un tributo á la memoria de personas queridas.

El uno lloraba por la muerte de su hijo.

La otra por su madre, por su esposo y por su padre, que aunque criminal, había sido muy desgraciado.

El uno era el capitán arrojado al mar por Julio, y á quien las olas respetaron, debiendo su salvación á los restos de un buque que debió naufragar durante la tempestad; la otra era Sofía.

JULIAN GRIMAU.

UN ARTÍCULO.

—Necesito que me hagas un artículo humorístico para este número.

—Hombre, es imposible, dispénsame, pero no estoy de humor.

—Pues es necesario.

—Pues no comprendo la necesidad.

Este diálogo teníamos el director y yo, cuando la entrada de otros redactores, con el mismo empeño, me convenció que efectivamente debía hacerlo.

¿Vds. comprenden eso? En unos tiempos como estos, en que todo el mundo está que *trina*, hacer un artículo humorístico? Si fuera un artículo de moral, no estaría de sobra, pero un artículo humorístico... ¿Válgame Dios, querido director, y en qué berengenal me has metido! Y el caso es que no sé de qué escribir.

¿Hablaré de amor? Pero si ya nadie hace caso del amor; es como los miriñaques, ya no se usa.

¿Hablaré de literatura? ¿Y cómo voy á hablar de letra yo que la tengo tan mala?

Ahora se asoma mi vecina. Hé ahí un buen tema. Si yo pudiese contarles á Vds. los novios que ha tenido, y las trapisondas que pasaron hace un mes, cierta noche que un novio suyo subió al balcón, y le vió el sereno, y alborotó la vecindad, y luego lo llevaron preso... Como se hubieran Vds. reído si cual yo le hubieran visto, bajar muy sofocado, *alumbrado* por una porción de candelillos de las viejas de la vecindad, y unos cuantos palos del sereno!

Pero cómo he de contar yo esas cosas? Se enfadaría conmigo y diría que era un atrevido, al contar sus distracciones.

Vaya por Dios! me he distraído pensando en la vecina, y he llenado el papel de borrones; buena la voy á tener con el cajista que siempre me está encargando que vayan muy limpios los originales.

Oh! los cajistas. Ah! las cajas, como diría mi amigo Vega Armentero.

Los cajistas y las cajas; es decir, la mano que crea y la máquina que obedece; el espíritu y la materia; la blusa y el plomo; luz y sombra; manos manchadas de tinta, y tinta que mancha las manos.

Ah! Oh! las cajas... los cajistas.

Vds. no ignoran lo que cuesta escribir cuando no se sabe acerca de qué; calculen Vds. lo que sudaré para concluir este artículo; pues digo, luego con las reformas que vamos á introducir en el periódico.

Cuando le mudemos completamente de arriba á abajo, y salga por ahí con tipos nuevos y buen papel.

Ya verán Vds! Cuatro páginas más, una sección de variedades, en la que trataremos del libro que nace, la comedia que muere, el periódico que se apaga, la luz que se imprime, ó vice-versa; en fin, todo lo que á Vds. pueda proporcionarles un rato agradable.

Además daremos revistas de Madrid que escribirá uno de nuestros mejores literatos, y un cuento de nuestros literatos mejores, y... Esto es darse bombo caballeros; Vds. dispensen, algo había de escribir yo sobre música, y me parece que la del bombo es de las más agradables.

Díganlo sinó los muchos que se dan por ahí todos los días.

Con que sigamos.

Pues sí, verán Vds. que el número trece lleva ya. Mas qué veo? ya están las seis cuartillas que me encargaron. Hago punto y firmo.

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.